

Octubre de id. El general Bristow, falsificó títulos de la deuda pública por valor de.	120,000
El preboste marshal de Hoboken, se fugó llevándose gratificaciones de enganche por valor de.	300,000
Diciembre de id. El intendente militar de Kentucky, se fugó llevándose.	100,000
Febrero de 1866. Un empleado del ferrocarril de Concord, se fugó llevándose.	150,000
Mayo de id. John Ross, corredor de bolsa en esta ciudad, se fugó llevándose.	1.000,000
Quiebra declarada fraudulenta del Merchants, Bank de Washington.	1.000,000
Durante el año. Robos cometidos en diez bancos diferentes.	1.252,000
Robo cometido en la oficina de Mr. Rufus Lord, comerciante de esta ciudad.	1.500,000
Id. en la casa de Mr. John Moore, en esta ciudad.	164,000
Otros 16 robos cometidos en casas de comercio.	480,000
Total.	Ps. 12.200,000

“Y esto sin contar con otros robos de menor cuantía, y cuya lista seria poco menos que interminable.

“Queda, pues, probado, que el mundo marcha, como dijo Eugenio Palletan. N. B.—Los datos que anteceden son auténticos, y están sacados de los archivos de la policía de esta ciudad.”

OTROS CRIMENES EN EL MISMO PAIS.—Probst, el asesino de la familia Dasring, cerca de Filadelfia, ha confesado el espantoso crimen, despues de condenado á muerte por los tribunales. Mató uno tras otro todos los miembros de la familia con una hacha, llevándoles á la cuadra, so pretexto de ver un caballo enfermo. Mató al niño que trabajaba con él, y el niño no habló ni una palabra; y el monstruo le gillotiné con el hacha y le cubrió con paja; la vista de la sangre, dice, le enloqueció y llamó á otro niño y le mató de la misma manera, y ese niño tampoco dijo nada, y mató á otro niño, y á la madre y los cubrió á los dos con paja, y en seguida fué á buscar á la niña pequeña que no hablaba ni sabia andar, y la sentó sobre la paja *aquella*; y cuando empezaba á buscar á su madre la mató; y aguardó al padre y lo condujo engañado á la cuadra y lo mató á hachazos, y el infeliz ni una palabra habló; y luego llamó á la sobrina y la aturdió á martillazos y despues la decapitó con la hacha, y á todos los cubrió con paja. El tigre se sentó y se puso las botas del jefe de la familia, le robó el dinero que tenia en el bolsillo, asesinó para robarle y le robó *catorce pesos!*..... Ese hombre, si hombre es, nació en Alemania; y cuando refiere sus carnicerías humanas se sonrió, no como loco, sino como demonio. ¡Perdónelo Dios, que no todos los hombres pueden perdonarle!

“Esto dice á la *Sociedad* su corresponsal de Nueva-York.”

EL SACERDOCIO CATOLICO.

II.

Los primeros ministros de Jesucristo, consagrados por él é iluminados por el Espíritu Divino, comprendieron inmediatamente la importancia de su grande y sublime mision, y fortalecidos por el ejemplo de su Maestro, resolvieron extender la palabra de salud y propagar la nueva doctrina por el mundo entero, siquiera al desempeñar un sacerdocio tuvieran que arrostrar todo género de dificultades, chocar con obstáculos casi insuperables, ponerse en pugna abierta con los intereses mundanos, sujetarse al cruel escarnio, y á la burla, afrontar los poderes de la tierra y ofrecerse por fin en holocausto y sacrificio, dando la vida en testimonio de su enseñanza. Pobre y desvalido al parecer del mundo este ministerio santo, que no tenia ni el apoyo de la fuerza, ni el de la riqueza, ni el de las influencias sociales, contaba él empero, con dos inquebrantables elementos para llegar á un fin: el uno la gracia del cielo: el otro su independendencia de las potestades humanas. En efecto, el sacerdocio católico criado y ordenado sin intervencion de los hombres, y revestido del poder que trajo del mundo el Hijo de Dios, no podia quedar sujeto á las fluctaciones, á la debilidad, á la agitacion incesante, á la condicion instable que caracterizan las obras de los hombres. Mas elevado por su carácter sagrado que los tronos del mundo, mas fuerte, robusto y poderoso por su origen, por sus medios de accion, que las potencias de la tierra, buscando en su objeto y en su fin bienes mas grandes, mas nobles y elevados que la riqueza, que los fútiles honores, que una felicidad pasajera, debia él encontrarse muy alto, muy arriba de esos intereses, para que ninguno de ellos lo afectara jamas de un modo decisivo, para que ninguno lo hiciese cejar á su influencia, para que ninguno contrarestara su accion regeneradora y fecunda.

El sacerdocio independiente: el sacerdocio verdadero intermediario entre Dios y los hombres, verdadero maestro, verdadero guía: tal fué instituido, tal debía ser; y así se presentó desde el momento primero de su existencia, y así se conservará, hasta que con el último suspiro del postrer hombre que deje la tierra, haya concluido su mision salvadora. Las tempestades que iban á desatarse, el huracán que habia de rugir combatiendo la reciente institucion y pretendiendo continuar la obra del pueblo deicida, para matar el ministerio que venia del Gólgota ejerciéndose por la redondez del globo; eran inútiles esfuerzos y vanos intentos, que muy lejos de extinguir la vivida llama que se ensendiera en la Cruz para iluminar el mundo, y mostrar á las generaciones el camino de la verdad, en su paso sucesivo, la hacian mas brillante, mas fulgente, y la dejaban, como el único faro en medio de las tinieblas, como la sola luz en medio de la oscuridad, que pudieran conducir á los extraviados mortales por los senderos de la vida, y llevarlos al pié de la montaña del sacrificio, para que se bañaran ahí en la sangre del Cordero, fuente del renacimiento, origen de la resurreccion prodigiosa, moral é intelectual que predicaba Jesucristo, que operaba el Hijo de Dios, y que sus sacerdotes seguian efectuando, para perpetuar el milagro del gran Lázaro, del género humano, como dice Mr. Nicolas, que se levantó del sepulcro despues de los siglos y millares de años que lo tenian en él, los crasos errores, la execrable perversion y los corrompidos hábitos de que parecia haber hecho su patrimonio y su apetecida herencia.

Sin embargo, las contradicciones que despertó desde su nacimiento la independencia del sacerdocio, iban á traerle duras pruebas y á sujetarlo á una serie no interrumpida de padecimientos, que serian como el crisol que mostraria la fuerza de la doctrina y justificara la verdad de la mision. La predicacion haria rápidas conquistas, el ejemplo atraia los pueblos á la práctica de las virtudes, la enseñanza producía sin cesar los nuevos discípulos; y el cristianismo crecía velozmente su imperio, ganando las inteligencias y los corazones. El "id y predicad el Evangelio á todas las criaturas, bautizándolas en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo," se cumplía por todas partes: la promesa del premio; "el que creyere en Mí se salvará," tenia un eco que resonaba do quiera; y el medio de alcanzarlo, la Cruz, estaba glorificada en el cielo y elevaba á las alturas todas las miradas.

La necia presuncion de los grandes de la tierra, apercebidos de la revolucion que rebullia en el seno de los pueblos, juzgó fácil cosa sofocarla en su cuna, por el terror, por la sangre y por la muerte, para evitar que de la nueva moral condenase sus crímenes, que la dignidad humana se restableciera en su primitivo esplendor, que las ideas de verdadera libertad despertasen á las sociedades de su letargo, que la supersticion cayera hecha pedazos dejando descubierta en su repugnante desnudez el ídolo de las sensualidades, el becerro de oro, la imágen de Belial, donde quemaban su insienso los sacerdotes del paganismo y los reyes de la tierra, y á donde llevaban maniatados á los seres infelices que soportaban su yugo, para que besaran las cadenas de su esclavitud y cantaran himnos fúnebres á su perdida libertad. El poder sería un fantasma ilusorio, la fuerza una irrision, los antiguos intereses una mentira,

si condenados sus elementos y en lucha abierta y desesperada, no alcanzarán á detener la influencia de la palabra católica y á entorpecer el ministerio sacerdotal, que desvalido, sin recursos, nuevo en el mundo, despreciado de muchos, no comprendido de otros, venia lealmente á la arena, aceptaba impávido la lucha, y predecia seguro el triunfo.

La primera tarea de los predicadores del Evangelio, para conseguir que no quedara sin fruto la redencion, fué restablecer en el mundo el dominio del espíritu, sustituido tan largos años por el de la materia, enseñar las relaciones verdaderas de Dios y de los hombres pervertidos hacia dilatado tiempo, y enseñar á los últimos á amarse con el santo amor de la caridad, anteponiendo á las ventajas personales, al bienestar individual, el bien de los demás y la dicha de los otros. Esta virtud se ejercía muy particularmente en favor de los pobres, de los desgraciados de los hambrientos, de los miserables que yacían en los calabozos, de los que arrastraban las cadenas y tenían que doblarse al látigo de los Señores, de los que sufrían la muerte por contentar un capricho ó por dar á sus crueles amos un medio de disipar el mal humor y el enojo..... La miseria y la desgracia están muy cerca del cielo, son una especie de divisa que distingue á los predilectos de Jesucristo, hacen un título glorioso á los ojos de la religion y de la verdadera filosofia, que persuaden la necesidad del sacrificio, como el crisol que prueba las virtudes, como el regulador que mide los méritos.

Retiraos, malditos, id al fuego eterno..... porque tuve hambre y no me disteis de comer, sed y no me disteis de beber; tuve necesidad de un albergue y no me lo disteis, estuve sin vestidos y no habeis cubierto mi desnudez: he estado enfermo, he gemido en las prisiones y no me habeis visitado..... En verdad os lo digo: cuantas veces habeis dejado de prestar esos servicios á uno de estos mas pequeños, habeis dejado de prestármelos á mí.....

Hé aquí la sancion de esa ley de la mas ardiente caridad, incomprendible, si no hubiese sido predicada por Dios mismo. Qué tenía el mundo semejante á ella.....?

Tenia á Atenas, la patria de los filósofos, con cuatrocientos mil esclavos: tenia á Roma, la reina del poder y de las glorias humanas, con millares de siervos: tenia á los pueblos que formaban el séquito de la orgullosa capital del orbe, unidos en la abyeccion y sin otro principio ni otro lazo de union que el terrible lazo de la fuerza. Tenia el derecho de los Césares, que era la absorcion de todos los derechos, de todos los intereses, de todas las libertades, de toda propiedad, por la voluntad, ó por el capricho, ó por el interés del Soberano. Tenia el derecho de los padres, que vendían ó mataban á los hijos; de los maridos que se deshacían á su placar de las esposas. Tenia los derechos y las prerogativas y los privilegios de las razas, y los derechos de imperiosidad que daba el nacer en Roma, y los que daba el nacer en Italia, y los que producían la sangre, y el fuego, y la destruccion de las conquistas.

¡Y á todos ellos venia á combatir el sacerdocio católico! Este ministerio, que comenzaba por ponerse en contacto con la pobreza, con la desventu-

ra; por alijerar la desgracia, por alentar el infortunio, por despertar los sentimientos de dignidad, por descubrir la nobleza del alma humana y por realizar el renacimiento espiritual, para oponer su vigorosa influencia á la tiranía de la materia enseñoreada de la tierra. Roma, Roma que era el mundo cuando se verificaban los primeros anuncios de ese sacudimiento, Roma con sus legiones, con sus patricios, con su senado, con sus Césares, Roma lanzó una mirada de compasión á los desconocidos apóstoles, rió de su locura y decretó su exterminio.

Error funesto y trascendental para el paganismo. Creyendo que le era posible extinguir con la muerte los pensamientos sublimes y la palabra vivificadora, que venía predicando el sacerdocio, como podía matar los cuerpos, no hizo otra cosa que fertilizar el terreno en que se depositaba la preciosa simiente y proporcionar una bella ocasión á los maestros y á sus discípulos, de confirmar con obras prodigiosas y con ejemplos heroicos la doctrina que habian abrazado. Cada gota de sangre, cada tormento, cada suplicio iban á abrir los ojos de la multitud, á desterrar aquella cruel ceguera que velaba la verdad, y á afianzar la influencia de un ministerio, para el que comenzaba entonces la mas gloriosa era y el mas fecundo trabajo. Bajo las persecuciones incansables, en medio de los calabosos llenos de los adoradores de Cristo, se escuchaban las alabanzas al Dios desconocido, al Dios de la paz y de la caridad: y estas alabanzas que resonaban jubilosas desde el lugar de los dolores supremos, tenian un eco que se oia despues en medio de los ejércitos, en el foro, en el santuario de las leyes, y que llegaba con frecuencia á vibrar en los dorados artesones del palacio de los Césares.

La institucion del sacerdocio se afirmaba para siempre. El Pastor supremo que regia la naciente Iglesia, era ya reconocido como el depositario de la verdad, como el Vicario de Jesucristo que abria las puertas del cielo á los fieles creyentes, como el Padre comun á cuya direccion y cuidado solícito quedaba entregado el nuevo rebaño. Sus manos estaban sin cesar bendiciendo la resignacion, sus lábios pronunciando palabras de consuelo en el sufrimiento, su corazon deshecho en torrentes de amor, que lo arrastraban á ofrecer y á dar su vida por las ovejas. Enseñaba la doctrina y consagraba y ordenaba nuevos ministros que fuesen á enseñarla á lejanas tierras, á remotos imperios, que atravesaran los mares, que llegaran á las regiones mas incultas, al medio de los pueblos bárbaros que huian de todo rasgo, de todo destello de civilización. Recibia las ofrendas de los cristianos, impetraba las limosnas de los poderosos, y despachaba luego á los dispensadores del tesoro de la Iglesia, á remediar las necesidades de los encarcelados, de los confesores de la fé, de los enfermos, de los miserables. Manteníase como roca inmóvil en medio de la tempestad, miraba sereno salir del Capitolio los rayos lanzados contra la humilde cátedra de Pedro, contra la frágil barquilla del Pescador; no le arredraban los huracanes que mil veces se desataron sobre su frente venerable, y en ocasiones mil, aberrojeado entre cadenas, sumido en infelices prisiones, no se ocupó sino de consolar los dolores extraños, olvidando los propios; en fortalecer á los débiles, en sustentar á los que marchaban al martirio, con el pan de los cielos, en elevar las miradas y sus brazos á las al-

turas, impetrando el divino favor para aquellas víctimas santas, y ofreciéndose tambien como ellas en holocausto espontáneo.

Los obispos por su parte hacian tambien portentos. Mientras que el poder de Roma promulgaba sin intermision los edictos de muerte y proscripción, mientras que los verdugos afilaban la segur, mientras corria á torrentes la sangre; entretanto que los procónsules, fieros mandatarios del César, repetian esas escenas de desolacion por los dilatados confines del imperio, los Apóstoles de la ley evangélica los recorrían tambien, establecian iglesias y aumentaban los focos de civilización y las fuentes de renacimiento, convocando á las naciones para que entrasen en las vias de una mejora positiva, que no alcanzarán á darles ni los sábios del Areópago, ni los héroes de la Grecia, ni las leyes de Solon, ni la gloria y el poder del pueblo rey.

(Continuará.)

PODER TEMPORAL DE LOS PAPAS.

(TRADUCIDO.)

Jesucristo poseerá todo el mundo, porque Dios le ha dado el mundo por herencia. Él se apoderará del mundo segun su derecho, por una lenta conquista, como se ha apoderado de todo lo que posee ya. Decimos lenta, no para Él sino para nosotros que esperamos penosamente su dia. Él es dueño del tiempo, y toda la duracion de los tiempos no es mas que como un punto en su eternidad.

Mas no es como Dios sino como hombre que él quiere hacer esta conquista, á fin de probar con esta lentitud cuán poca cosa es el hombre, y por su victoria, calificada siempre imposible, cuál es la grandeza del hombre en las manos de Dios.

A fin de testificar todo el resultado de esta grandeza y de este poder, Él ha querido apoderarse desde luego de Roma, que era lo que la tierra conocia de mas grande y mas poderoso. Aquel pues, á quien habia instituido para ser su Vicario, prometiéndole estar con él hasta la consumacion de los siglos: Pedro, uno de aquellos artesanos duros y groseros, y que ellos se llamaban basura del mundo, baja del Calvario á Roma, capital del universo, y toma posesion de ella, inaugurando este orden de milagros mas grandes que los mismos que Jesus habia obrado. Pedro toma posesion de Roma gaje de la posesion del mundo, y su entrada en la ciudad eterna fué la herencia que el mismo Jesucristo le habia dado.

Ved aquí la obra de Dios; ved ahora la obra del hombre mezclada de grandeza y de miseria. El primer árbol que Pedro plantó en su dominio, fué la Cruz, sobre la que pidió ser clavado con la cabeza abajo, como para estar mas cerca de las catacumbas donde iban á enterrarse las raices de su real é imperecedera soberanía. Al lado de la cruz de Pedro corrió la sangre de Pablo, y de esta manera plantaron y regaron estos nuevos soberanos, fecundando con su propia sangre, esta Roma que se les habia dado, regándola con su sangre y sus sudores con mas abundancia, que la habian regado sus antiguos señores con la sangre y las lágrimas de los pueblos vencidos.

En fin las catacumbas se encontraron llenas, bastante llenas para enriquecer de huesos sagrados todos los altares que despues serian levantados en el mundo, y la misteriosa monarquía del Apóstol comenzó á aparecer á la luz. Los emperadores dejaron á Roma y se llevaron consigo á Bisancio la silla del imperio con el vano título de soberanos pontífices, pontificado de los dioses de quienes se habia renegado, y dejaron al obispo de Roma solo en pié sobre el Vaticano, en presencia del Capitolio vacío, al lado del senado que no era ya mas que una sombra. Se pasaron todavía algunos siglos, y Roma no tenia en realidad otro gefe que este sacerdote, porque si se encontraban todavía algunos letrados y algunos senadores adheridos al antiguo culto de los ídolos, no habia ya otro pueblo que el pueblo cristiano, y otros lugares de asilo que las iglesias.

Un dia despues de Alarico aplacado, despues de Atila espantado, apareció Totila rey de los godos que se llevó al senado cautivo, y dejó desierta la ciudad. Belizario acudió volviendo á traer por última vez las águilas romanas, y la trompeta sonó en el capitolio, en esta soledad que llenó de espanto al general romano. Ni las cortes, ni el senado, ni el pueblo romano volvieron á aparecer; las estatuas despedazadas no volvieron á colocarse en sus pedestales, los arcos no volvieron á levantarse: nada quedaba en Roma de lo que habia sido Roma. Mas el principio de vida que Pedro habia traído, sobrevivió al pasaje de Totila como habia sobrevivido al poder de Claudio y de Neron. El Obispo de Roma volvió á Roma á donde jamas volvió el senado, y el obispo volvió consigo al pueblo cristiano, y al siguiente siglo el Papa S. Gregorio I podia ya escribir: «El Pastor de Roma está cargado de tantos negocios exteriores, que no sabe si el es obispo ó rey.»

Cuando mas tarde, al acercarse los dias de Pepino y Carlo-Magno, esta monarquía de hecho y de derecho tomó su verdadero nombre; cuando los Papas para salvar la Italia y mantener la civilizacion en el mundo, debieron por fin separar á los cobardes emperadores de Bisancio esta parte del imperio, que ellos solos les conservaban hacia mucho tiempo, habia dos siglos que Roma no era gobernada, protegida, repoblada, reedificada y alimentada, mas que por sus obispos.

A decir verdad, fué Leon Isaurico por su fanatismo, por la herejía de los Iconoclastas, quien puso la corona temporal sobre la cabeza de los Papas, sublevando la tempestad, que se separó definitivamente las últimas posesiones del imperio en Italia. Leon era tonto y avaro. Y hay siempre ó ineptia, ó algun grande vicio en los príncipes que rompen con la Iglesia, y frecuente-

mente se juntan las dos cosas á la vez. El emperador habia hecho despedazar en Constantinopla las imágenes del Salvador; los pueblos de Italia despedazaron sus imágenes sin espantarse por los laureles que las coronaban. Amonestado por el Papa, el emperador le amenaza con llevarlo á Constantinopla cargado de cadenas. Tened consideracion á los pueblos, le dice todavía el Papa. Mas Leon no sabe lo que es un Pontífice.

Los emperadores bisantinos habian llegado al extremo de darse una de estas iglesias nacionales, tan apreciadas de los doctores que quieren una religion para el pueblo. Gibbon aunque de los mas grandes de entre ellos, domado por su conciencia de historiador, hace ver la diferencia de un Pontífice y la de funcionario. «Mientras, dice, que el patriarca de Constantinopla, esclavo, pasaba alternativamente, segun el capricho de su señor, de un convento á la silla patriarcal, de la silla patriarcal á un convento, el genio y la independencia de los Papas eran excitados por el hecho mismo de su posicion retirada y peligrosa enmedio de los bárbaros del Occidente.

Gibbon es un hereje y un filósofo, y el filosofismo y la herejía son dos vendas que no dejan ver la verdad. Lo que era el genio de los Papas y donde se encontraba la fuerza de su independencia, era en el sentimiento del deber llevado hasta el sacrificio de todo reposo, hasta el menosprecio de todo peligro, hasta el abandono de todo interes temporal. Sin legiones, y alguna vez sin asilo, los Papas venian á ser los dominadores de la Europa no traicionando la causa de los oprimidos, no entregando jamas al poder humano la verdad confiada á su cuidado, y no desesperando jamas de la asistencia de Dios. Esto se conoce leyendo con atencion é imparcialidad la historia del sistema de Constantinopla.

El Papa S. Nicolás I, hijo de un humilde magistrado de Roma, gobernaba la Iglesia al tiempo en que Rocio protegido por el emperador Miguel el borracho, y del César Bardas incestuoso público, se apoderó de la silla de Constantinopla. San Ignacio el obispo legítimo lanzado y aprisionado por haber reprendido al César Bardas, se dirigió al Papa y le pidió justicia contra el intruso, contra el César y contra el emperador. Este es el origen de la iglesia griega, la primera de las iglesias nacionales, que tanto se aprecian por las ventajas que ofrecen al poder temporal.

El Papa no vaciló un instante, llamó la causa á su tribunal, y escribió al emperador le enviara á San Ignacio y á Phocio á fin de que vinieran á defenderse en su presencia. Phocio tenia sus razones para preferir la decision del emperador Miguel y la del César Bardas, é hizo al Papa, bajo el nombre del emperador, una repulsa acompañada de sutilezas y de injurias, en la que invocaba la autoridad de los concilios. El Papa insistió y excomulgó á Phocio. Entonces el emperador pasó de las injurias á las amenazas. Pondremos á la vista de los lectores, un corto pasaje de una de las cartas de San Nicolás: leyéndola con atencion se conocerá cuál era el genio y la fuerza de independencia de los Papas.

«Si vos rehusais escucharnos, le escribe, sereis necesariamente para Nos lo que el Señor quiere que sea cualquiera que no escucha á la Iglesia. Los privilegios de la Iglesia romana le han sido asegurados en la persona del